

Неадаптированные короткие рассказы испаноязычных писателей для чтения на уровнях А1-В1

1



Георгий Нуждин и Ирина Саргузина рекомендуют.

[Статья: Что читать в зависимости от уровня языка](#)

A1

Virgilio Piñera (Cuba)

En el insomnio

El hombre se acuesta temprano. No puede conciliar el sueño. Da vueltas, como es lógico, en la cama. Se enreda entre las sábanas. Enciende un cigarrillo. Lee un poco. Vuelve a apagar la luz. Pero no puede dormir. A las tres de la madrugada se levanta. Despierta al amigo de al lado y le confía que no puede dormir. Le pide consejo. El amigo le aconseja que haga un pequeño paseo a fin de cansarse un poco. Que enseguida tome una taza de tila y que apague la luz. Hace todo esto pero no logra dormir. Se vuelve a levantar. Esta vez acude al médico. Como siempre sucede, el médico habla mucho pero el hombre no se duerme. A las seis de la mañana carga un revólver y se levanta la tapa de los sesos. El hombre está muerto pero no ha podido quedarse dormido. El insomnio es una cosa muy persistente.

Julio Cortázar (Argentina)

Viajes

(un fragmento de "Historias de Cronopios y de Famas")

Cuando los famas salen de viaje, sus costumbres al pernoctar en una ciudad son las siguientes: Un fama va al hotel y averigua cautelosamente los precios, la calidad de las sábanas y el color de las alfombras. El segundo se traslada a la comisaría y declara los muebles e inmuebles de los tres, así como el contenido de sus maletas. El tercer fama va al hospital y copia las listas de los médicos de guardia y sus especialidades.

Terminados estos preparativos, los viajeros se reúnen en la plaza mayor de la ciudad, se comunican sus observaciones, y entran en el café a beber un aperitivo. Pero antes se toman de las manos y bailan en ronda. Este baile recibe el nombre de "Alegría de los famas".

Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos, y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos. Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir se dicen unos a otros: "La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad". Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios.



Las esperanzas, sedentarias, se dejan viajar por las cosas y los hombres, y son como las estatuas que hay que ir a verlas porque ellas ni se molestan.

A2

José María Merino (España)

La memoria confusa

Un viajero tuvo un accidente en un país extranjero. Perdió todo su equipaje, con los documentos que podían identificarlo, y olvidó quién era. Vivió allí varios años. Una noche soñó con una ciudad y creyó recordar un número de teléfono. Al despertar, consiguió comunicarse con una mujer que se mostró asombrada, pero al cabo muy dichosa por recuperarlo. Se marchó a la ciudad y vivió con la mujer, y tuvieron hijos y nietos. Pero esta noche, tras un largo desvelo, ha recordado su verdadera ciudad y su verdadera familia, y permanece inmóvil, escuchando la respiración de la mujer que duerme a su lado.

Viana Victoria Barceló Pérez (Cuba)

La eternidad de las ovejas negras

Un día todas las ovejas negras del planeta decidieron que, cansadas de tanta discriminación, se decolorarían el pelo. Su lana quedó tan blanca como la del resto y ya no hubo jamás ovejas negras en el mundo. Después de mucho estudiar los nuevos rebaños, de ovejas blancas, alguien descubrió que aquellas cuya cola medía más de diez centímetros, tenían mayor tendencia a desobedecer órdenes y a embestir a las demás. Desde entonces, cuando nace una oveja con la cola larga, el resto de las ovejitas blancas de cola corta la mandan a un reformatorio donde alguna vez sus antepasados intentaban corregir la conducta de unas raras y extintas ovejas negras.

Martín Civera López (España)

Cuando Marga no está, todo es Marga

Es Marga la pasta de mi tubo de dientes. Marga es mis orejas y las pocas ganas que hoy tengo de levantarme. Y también el vecino que me saluda y parece que diga Marga. Hoy más que nunca Marga es Argentina. Y ensalada con pechuga asada. Hoy Marga no es la siesta, porque pensando, pensando tampoco hoy me dejó dormir. Esta tarde son Marga mis piernas, que me llevan poco a poco como si fueran solas, sin contar con el resto de mi cuerpo, que, dicho sea de paso, también es de Marga. Y el agradable sonido de mis pasos en el suelo. Y mi respiración. Marga es Dostoievski. Y también Mario Benedetti y Miguel Hernández. Y mi Daniel Pennac. Esta tarde es Marga hasta Ana Rosa Quintana. Y café con leche y torta de nueces y pasas. Marga es las nueve y media y las diez menos cuarto y las diez y veinte.

Y es entonces, a eso de las diez y media, cuando Marga está, y todo lo demás no existe. Y sólo existe Marga.

Rosario Barros Peña (España)

La Tristeza

El profe me ha dado una nota para mi madre. La he leído. Dice que necesita hablar con ella porque yo estoy mal. Se la he puesto en la mesilla, debajo del tazón lleno de leche que le dejé por la mañana. He metido en el microondas la tortilla congelada que compré en el supermercado y me he comido la mitad. La otra mitad la puse en un plato en la mesilla, al lado del tazón de leche. Mi madre sigue igual, con los ojos rojos que miran sin ver y el pelo, que ya no brilla, desparramado sobre la almohada. Huele a sudor la habitación, pero cuando abrí la persiana ella me gritó. Dice que si no se ve el sol es como si no corriesen los días, pero eso no es cierto. Yo sé que los días corren porque la lavadora está llena de ropa sucia y en el lavavajillas no cabe nada más, pero sobre todo lo sé por la tristeza que está encima de los muebles. La tristeza es un polvo blanco que lo llena todo. Al principio es divertida. Se puede escribir sobre ella, "tonto el que lo lea", pero, al día siguiente, las palabras no se ven porque hay más tristeza sobre ellas. El profesor dice que estoy mal porque en clase me distraigo y es que no puedo dejar de pensar que un día ese polvo blanco cubrirá del todo a mi madre y lo hará conmigo. Y cuando mi padre vuelva, la tristeza habrá borrado el te quiero que le escribo cada noche sobre la mesa del comedor.

Eduardo Galeano (Uruguay)

Los nadies

Sueñan las pulgas con comprarse un perro y sueñan los nadies con salir de pobres, que algún mágico día llueva de pronto la buena suerte, que llueva a cántaros la buena suerte; pero la buena suerte no llueve ayer, ni hoy, ni mañana, ni nunca, ni en lloviznita cae del cielo la buena suerte, por mucho que los nadies la llamen y aunque les pique la mano izquierda, o se levanten con el pie derecho, o empiecen el año cambiando de escoba.

Los nadies: los hijos de los nadies, los dueños de nada.

Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos:

Que no son, aunque sean.

Que no hablan idiomas, sino dialectos.

Que no profesan religiones, sino supersticiones.

Que no hacen arte, sino artesanía.

Que no practican cultura, sino folklore.

Que no son seres humanos, sino recursos humanos.

Que no tienen cara, sino brazos.



Que no tienen nombre, sino número.

Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local.

Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Cristina Peri Rossi (Uruguay)

La felicidad

Ella me ha entregado la felicidad dentro de una caja bien cerrada, y me la ha dado, diciéndome:

5

-Ten cuidado, no vayas a perderla, no seas distraída, me ha costado un gran esfuerzo conseguirla: los mercados estaban cerrados, en las tiendas ya no había, y los pocos vendedores ambulantes que existían se han jubilado, porque tenían los pies cansados. Esta es la única que pude hallar en la plaza, pero es de las legítimas. Tiene un poco menos brillo que aquella que consumíamos mientras éramos jóvenes y está un poco arrugada, pero si caminas bien, no notarás la diferencia. Si la apoyas en alguna parte, por favor, recógela antes de irte, y si decides tomar un ómnibus, apriétala bien entre las manos: la ciudad está llena de ladrones y fácilmente te la podrían arrebatar.

Después de todas estas recomendaciones soltó la caja y me la puso entre las manos. Mientras caminaba, noté que no pesaba mucho pero que era un poco incómoda de usar: mientras la sostenía no podía tocar otra cosa, ni me animaba a dejarla depositada, para hacer las compras. De manera que no podía entretenerme, y menos aún, detenerme a explorar, como era mi costumbre. A la mitad de la tarde tuve frío. Quería abrirla, para saber si era de las legítimas, pero ella me dijo que se podía evaporar. Cuando desprendí el papel, noté que en la etiqueta venía una leyenda:

“Consérvese sin usar”.

Desde ese momento tengo la felicidad guardada en una caja. Los domingos de mañana la llevo a pasear, por la plaza, para que los demás me envidien y lamenten su situación; de noche la guardo en el fondo del ropero. Pero se aproxima el verano y tengo un temor: ¿cómo la defenderé de las polillas?

Julio Cortázar (Argentina)

Propiedades de un sillón

En casa del Jacinto hay un sillón para morir. Cuando la gente se pone vieja, un día la invitan a sentarse en el sillón que es un sillón como todos pero con una estrellita plateada en el centro del respaldo. La persona invitada suspira, mueve un poco las manos como si quisiera alejar la invitación y después va a sentarse en el sillón y se muere. Los chicos, siempre traviesos, se divierten en engañar a las visitas en ausencia de la madre, y las invitan a sentarse en el sillón. Como las visitas están enteradas pero saben que de eso no se debe hablar, miran a los chicos

con gran confusión y se excusan con palabras que nunca se emplean cuando se habla con los chicos, cosa que a éstos los regocija extraordinariamente.

Al final las visitas se valen de cualquier pretexto para no sentarse, pero más tarde la madre se da cuenta de lo sucedido y a la hora de acostarse hay palizas terribles. No por eso aprenden, de cuando en cuando consiguen engañar a alguna visita cándida y la hacen sentarse en el sillón. En esos casos los padres disimulan, pues temen que los vecinos lleguen a enterarse de las propiedades del sillón y vengan a pedirlo prestado para hacer sentar a una u otra persona de su familia o amistad. Entretanto los chicos van creciendo y llega un día en que sin saber por qué dejan de interesarse por el sillón y las visitas. Más bien evitan entrar en la sala, hacen un rodeo por el patio, y los padres, que ya están muy viejos, cierran con llave la puerta de la sala y miran atentamente a sus hijos como queriendo leer su pensamiento. Los hijos desvían la mirada y dicen que ya es hora de comer o de acostarse.

Por las mañanas el padre se levanta el primero y va siempre a mirar si la puerta de la sala sigue cerrada con llave, o si alguno de los hijos no ha abierto la puerta para que se vea el sillón desde el comedor, porque la estrellita de plata brilla hasta en la oscuridad y se la ve perfectamente desde cualquier parte del comedor.

B1

Julio Cortázar (Argentina)

Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan - no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia de comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

Instrucciones para dar cuerda al reloj

Allá al fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Sujete el reloj con una mano, tome con dos dedos la llave de la cuerda, remóntela suavemente. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, la sombra de una mujer, el perfume del pan.

¿Qué más quiere, qué más quiere? Átelo pronto a su muñeca, déjelo latir en libertad, imítelo anhelante. El miedo herrumbra las áncoras, cada cosa que pudo alcanzarse y fue olvidada va corroyendo las venas del reloj, gangrenando la fría sangre de sus rubíes. Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes y comprendemos que ya no importa.

Pedro Orgambide (Argentina)

Fiesta en el jardín

Juro que me gustaba trabajar con el señorito Julián, a quien he servido, creo, con justicia, en los muchos años que lleva en México. Me agradaba cuidar el jardín de su casa del Pedregal, servir su desayuno en la veranda que da al parque, platicar con él sobre mi patria. Para él, que desde niño se aficionó a los toros, mi país era una inmensa plaza, llena de música y de sangre. Es posible que tuviera razón (el señorito Julián, debo decirlo, era muy inteligente) y nunca contradije sus convicciones. Para mí en cambio, la patria es como la madre muerta, alguien que ya no está y que, de pronto, vuelve en sueños. A casi cuarenta años de dejarla, he perdido su olor.

Pero el señorito Julián insistía en nombrarla. Hablaba de los toros y yo veía los aviones, las bombas que estallaban en las calles, a mi madre corriendo con un crío en los brazos. ¿No es curioso? Me veía en brazos de mi madre y ya no era yo. Nadie es el mismo después de tanto tiempo.

– ¿En qué piensas? – decía mi patrón.

– En el rosal – contestaba yo.

Juro que no mentía. Pensaba en el rosal, devorado por las hormigas, en la gente corriendo en 1936. Las hormigas. La gente.

– Te estás volviendo tonto – me decía el señorito Julián.

Y se reía.

Siempre tuvo buen humor el señorito Julián. Ésa es la verdad.

Me sentía bien allí, cuidándolo, oyéndolo hablar en inglés con sus amigos mexicanos.

– ¡Ven, torero! – me decía y los amigos se reían y yo también porque lo hacían sin malicia.

Ellos me embestían como toros (usted conoce a los jóvenes, les gusta divertirse) y yo, con el mantel, ensayaba una verónica. Las mujeres, las amigas del señorito Julián, aplaudían de alegría.

Pero esa noche tomaron más de la cuenta. Yo estaba en el cuarto de servicio, descansando, cuando ellos embistieron la puerta, cuando entraron, como toros furiosos, cuando comenzaron a golpearme.

– ¡Levántate, Hernán Cortés! – oí que ordenaba el señorito Julián.

– ¡Levántate, hijo de la chingada! – gritó otro.

Obedecí, lo mismo que aquella noche cuando llegó la Guardia Civil, la noche que fusilaron a mi padre. Recuerdo que la luna estaba alta sobre los cerros. Iluminaba el jardín, los rosales, el muro de piedra volcánica que nos separaba de la fealdad del mundo. Me pareció ver una pistola en la mano del señorito Julián.

Fue eso lo que me confundió. No recuerdo haber levantado la azada sobre las cabezas de aquellos jóvenes que sólo querían divertirse. Juro que no lo recuerdo. Sólo veo la luna, y el jardín como una inmensa plaza llena de música y de sangre.

8

Juan José Millas

EL PARAÍSO ERA UN AUTOBÚS

Él trabajó durante toda su vida en una ferretería del centro. A las ocho y media de la mañana llegaba a la parada del autobús y tomaba el primero, que no tardaba más de diez minutos. Ella trabajó también durante toda su vida en una mercería. Solía coger el autobús tres paradas después de la de él y se bajaba una antes. Debían salir a horas diferentes, pues por las tardes nunca coincidían.

Jamás se hablaron. Si había asientos libres, se sentaban de manera que cada uno pudiera ver al otro. Cuando el autobús iba lleno, se ponían en la parte de atrás, contemplando la calle y sintiendo cada uno de ellos la cercana presencia del otro.

Cogían las vacaciones el mismo mes, agosto, de manera que los primeros días de septiembre se miraban con más intensidad que el resto del año. Él solía regresar más moreno que ella, que tenía la piel muy blanca y seguramente algo delicada. Ninguno de ellos llegó a saber jamás cómo era la vida del otro: si estaba casado, si tenía hijos, si era feliz.

A lo largo de todos aquellos años se fueron lanzando mensajes no verbales sobre los que se podía especular ampliamente. Ella, por ejemplo, cogió la costumbre de llevar en el bolso una novela que a veces leía o fingía leer. A él le pareció eso un síntoma de sensibilidad al que respondió comprándose todos los días el periódico. Lo llevaba abierto por las páginas de internacional, como para sugerir que era un hombre informado y preocupado por los problemas del mundo. Si alguna vez, por la razón que fuera, ella faltaba a esa cita no acordada, él perdía el interés por todo y abandonaba el periódico en un asiento del autobús sin haberlo leído.

Así, durante una temporada en que ella estuvo enferma, él adelgazó varios kilos y descuidó su aseo personal hasta que le llamaron la atención en la ferretería: alguien que trabajaba con el público tenía la obligación de afeitarse a diario.

Cuando al fin regresó, los dos parecían unos resucitados: ella, porque había sido operada a vida o muerte de una perforación intestinal de la que no se había quejado para no faltar a la cita; él, porque había enfermado de amor y melancolía. Pero, a los pocos días de volver a verse, ambos ganaron peso y comenzaron a asearse para el otro con el cuidado de antes.

Por aquellas fechas, él ascendió a encargado de la ferretería y se compró una agenda. Entonces, se sentaba tan cerca como podía de ella, la abría, y con un bolígrafo hacía complicadas anotaciones que sugerían muchos compromisos. Además, comenzó a llevar corbata, lo que obligó a ella, que siempre había ido muy arreglada, a cuidar más los complementos de sus vestidos. En aquella época ya no eran jóvenes, pero ella comenzó a ponerse unos pendientes muy grandes y algo llamativos que a él le volvían loco de deseo. La pasión, en lugar de disminuir con los años, crecía alimentada por el silencio y la falta de datos que cada uno tenía sobre el otro.

Pasaron otoños, primaveras, inviernos. A veces llovía y el viento aplastaba las gotas de lluvia contra los cristales del autobús, difuminando el paisaje urbano. Entonces, él imaginaba que el autobús era la casa de los dos. Había hecho unas divisiones imaginarias para colocar la cocina, el dormitorio de ellos, el cuarto de baño. E imaginaba una vida feliz: ellos vivían en el autobús, que no paraba de dar vueltas alrededor de la ciudad, y la lluvia o la niebla los protegía de las miradas de los de afuera. No había navidades, ni veranos, ni semanas santas. Todo el tiempo llovía y ellos viajaban solos, eternamente, sin hablarse, sin saber nada de si mismos. Abrazados.

Así fueron haciéndose mayores, envejeciendo sin dejar de mirarse. Y cuanto más mayores eran, más se amaban; y cuanto más se amaban más dificultades tenían para acercarse el uno al otro.

Y un día a él le dijeron que tenía que jubilarse y no lo entendió, pero de todas formas le hicieron los papeles y le rogaron que no volviera por la ferretería. Durante algún tiempo, siguió tomando el autobús a la hora de siempre, hasta que llegó al punto de no poder justificar frente a su mujer esas raras salidas.

De todos modos, a los pocos meses también ella se jubiló y el autobús dejó de ser su casa.

Ambos fueron languideciéndose por separado. El murió a los tres años de jubilarse y ella murió unos meses después. Casualmente fueron enterrados en dos nichos contiguos, donde seguramente cada uno siente la cercanía del otro y sueñan que el paraíso es un autobús sin paradas.

Gabriel García Márquez (Colombia)

Algo muy grave va a suceder...

(Cuento contado por García Márquez en un congreso de escritores)

Imagínese usted un pueblo muy pequeño donde hay una señora vieja que tiene dos hijos, uno de 17 y una hija de 14. Está sirviéndoles el desayuno y tiene una expresión de preocupación. Los hijos le preguntan qué le pasa y ella les responde:

-No sé, pero he amanecido con el presentimiento de que algo muy grave va a sucederle a este pueblo.

Ellos se ríen de la madre. Dicen que esos son presentimientos de vieja, cosas que pasan. El hijo se va a jugar al billar, y en el momento en que va a tirar una carambola sencillísima, el otro jugador le dice:

-Te apuesto un peso a que no la haces.

Todos se ríen. Él se ríe. Tira la carambola y no la hace. Paga su peso y todos le preguntan qué pasó, si era una carambola sencilla. Contesta:

-Es cierto, pero me ha quedado la preocupación de una cosa que me dijo mi madre esta mañana sobre algo grave que va a suceder a este pueblo.

Todos se ríen de él, y el que se ha ganado su peso regresa a su casa, donde está con su mamá o una nieta o en fin, cualquier pariente. Feliz con su peso, dice:

-Le gané este peso a Dámaso en la forma más sencilla porque es un tonto.

-¿Y por qué es un tonto?

-Hombre, porque no pudo hacer una carambola sencillísima estorbado con la idea de que su mamá amaneció hoy con la idea de que algo muy grave va a suceder en este pueblo.

Entonces le dice su madre:

-No te burles de los presentimientos de los viejos porque a veces salen.

La pariente lo oye y va a comprar carne. Ella le dice al carnicero:

-Véndame una libra de carne -y en el momento que se la están cortando, agrega-: Mejor véndame dos, porque andan diciendo que algo grave va a pasar y lo mejor es estar preparado.

El carnicero despacha su carne y cuando llega otra señora a comprar una libra de carne, le dice:

-Lleve dos porque hasta aquí llega la gente diciendo que algo muy grave va a pasar, y se están preparando y comprando cosas.

Entonces la vieja responde:

-Tengo varios hijos, mire, mejor deme cuatro libras.

Se lleva las cuatro libras; y para no hacer largo el cuento, diré que el carnicero en media hora agota la carne, mata otra vaca, se vende toda y se va esparciendo el rumor. Llega el momento en que todo el mundo, en el pueblo, está esperando que pase algo. Se paralizan las actividades y de pronto, a las dos de la tarde, hace calor como siempre. Alguien dice:

-¿Se ha dado cuenta del calor que está haciendo?

-¡Pero si en este pueblo siempre ha hecho calor!

(Tanto calor que es pueblo donde los músicos tenían instrumentos remendados con brea y tocaban siempre a la sombra porque si tocaban al sol se les caían a pedazos.)

-Sin embargo -dice uno-, a esta hora nunca ha hecho tanto calor.

-Pero a las dos de la tarde es cuando hay más calor.

-Sí, pero no tanto calor como ahora.

Al pueblo desierto, a la plaza desierta, baja de pronto un pajarito y se corre la voz:

-Hay un pajarito en la plaza.

Y viene todo el mundo, espantado, a ver el pajarito.

-Pero señores, siempre ha habido pajaritos que bajan.

-Sí, pero nunca a esta hora.

Llega un momento de tal tensión para los habitantes del pueblo, que todos están desesperados por irse y no tienen el valor de hacerlo.

-Yo sí soy muy macho -grita uno-. Yo me voy.

Agarra sus muebles, sus hijos, sus animales, los mete en una carreta y atraviesa la calle central donde está el pobre pueblo viéndolo. Hasta el momento en que dicen:

-Si éste se atreve, pues nosotros también nos vamos.

Y empiezan a dismantelar literalmente el pueblo. Se llevan las cosas, los animales, todo.

Y uno de los últimos que abandona el pueblo, dice:

-Que no venga la desgracia a caer sobre lo que queda de nuestra casa -y entonces la incendia y otros incendian también sus casas.

Huyen en un tremendo y verdadero pánico, como en un éxodo de guerra, y en medio de ellos va la señora que tuvo el presagio, clamando:

-Yo dije que algo muy grave iba a pasar, y me dijeron que estaba loca.

Alberto Escudero (España)

Los espejos amaestrados

No quiere ver, no quiere saber lo que hay hacia delante por eso interpone espejo que lo tape. El espejo se lo oculta servilmente aunque no siempre.

— ¿Que le podríamos regalar a Marianne?

— El otro día me enseñó ella la reforma que han hecho en el ático, y vi que les faltaba un espejo. ¿Por qué no vas adonde el señor aquel que era amigo de tía Elvira? Don Toribio creo que se llama. Allí tienen de todo.

12

Efectivamente, tenían de todo; demasiado: no sabía cuál elegir. Señalé uno, no muy recargado.

— Ah... Veo que usted entiende; es una preciosidad. Y está, además, muy bien de precio; le saldrá en menos de cuatro mil.

— Creo no haber oído bien.

— No, sí; ha oído usted bien. Le parecerá quizás algo excesivo, pero — tenga en cuenta que todos nuestros espejos se venden ya amaestrados, y, naturalmente, esto lleva muchos gastos; hay que seleccionarlos; hay que tener personal especializado; seguros sociales...

— ¿Amaestrados? — el caso era que aquel hombre no tenía cara de gastar bromas, ni de estar loco.

— Sí, claro. Los espejos de calidad son muy vagos; si por ellos fuera no reflejarían más que estrictamente mandan las leyes de la óptica. Por eso nos vemos obligados a «forzarlos un poco», ya me entiende. Es preciso que le mostremos a usted nuestras instalaciones. Tenga la bondad de acompañarme.

Por una puerta disimulada que había al fondo pasamos a una espaciosa trastienda. Había varios empleados con guardapolvos. Cada uno de ellos estaba frente a un espejo, y le hablaba en un extraño lenguaje. Volví la cabeza con inquietud hacia la puerta, por si había que huir precipitadamente de aquel sitio.

— Estos espejos que ve aquí son ejemplares en fase de perfeccionamiento; ya han pasado prácticamente por todas las otras fases del proceso. Vamos a hacerle una pequeña demostración.

Llamó a uno de sus empleados.

— Ramón, haga usted el favor. Póngase frente a este; aquí, para que nuestro cliente lo pueda apreciar. Al tal Ramón daba pena verlo, pero el espejo devolvía una imagen de él bastante aceptable. Mi perplejidad se iba convirtiendo en oscuros temores.

— Le voy a enseñar ahora lo de abajo. Hace un poco de frío, le advierto.

Seguí a don Toribio. Los empleados me echaron una mirada burlona; luego sabría por qué. Recorrimos varias salas, todas ellas repletas de preciosos espejos. Pronto nos sumergimos en un estrecho túnel. A medida que bajábamos, las escaleras se iban haciendo más lóbregas. En uno de los rellanos colgaban unas capuchas.

— Tome, vamos a ponernos esto.

— ¿...?

— Con los de aquí abajo toda precaución es poca. Si se quedan con su cara puede que algún día le hagan una faena, porque además se transmiten las imágenes de unos a otros.

El sótano era una excavación a modo de catacumbas, con pasillos y galerías laterales. Había tan solo una pequeña bombilla, y envuelta en un trapo.

— Vamos hacia las celdas de castigo. Deme la mano, está el suelo muy mal en algunas zonas.

Paramos frente a una puerta de hierro. De detrás de ella provenían unos débiles sollozos, muy extraños. Cuando me di cuenta de qué clase de sollozos se trataba sentí que se me ponía la carne de gallina.

— Mire, don Toribio —me salía sólo un hilo de voz—. Mi mujer sabe que he venido aquí. Y lo sabe también mi socio, y su secretaria...

— No le va a pasar a usted nada; tranquilo. No son más que espejos. Los tenemos encerrados varios meses, en la oscuridad, para que se vayan «ablandando», que decimos aquí.

— Pero es terrible...

— No tanto como parece. Hay muchos que fingen el llanto, para que creamos que ya están a punto.

— ¿Y en ese caso...?

— Cuando lo descubrimos, otra vez para adentro. Y a algunos no tenemos más remedio que ejecutarlos.

— ¿Ejecutarlos?

— Sí; sólo a los que vuelven a jugarnos una mala pasada. ¿Quiere ver la celda de los condenados a muerte? Hay siempre alguno, porque atrasamos las ejecuciones para hacerlas delante de los que aún pueden corregirse, para que les sirva de lección.

Aquello me pareció ya demasiado: solté una carcajada, y sentí un gran alivio.

— Vamos, pues, a ver a esos desgraciados —dije, riéndome de nuevo.

Caminamos por una larga galería. Al final había una habitación iluminada.

— A estos ya no importa que les dé la luz. Tome: tenga cuidado; son peores que las fieras.

Y me alargó un martillo.

— Fíjese usted en ése.

Me puse frente al que dijo, observándolo por todos lados. Comencé a oír algo parecido a un zumbido. De repente me vi. Santo Dios: CÓMO ME VI. El grito del espejo se confundió con mi propio grito: levanté el martillo; entonces el espejo me devolvió una imagen todavía más espantosa. No sé cuántos años tengo que vivir aún, pero sé que no conseguiré olvidar esta visión. Caí desmayado al suelo.

14

Recobré el conocimiento en un diván que tenía don Toribio en su despacho. Puso el tapón al frasco de sales.

— No ha sido nada; solamente el susto. Es preciso que nuestros clientes tengan esta experiencia. Creo que ahora puede comprender la razón de que nuestros precios sean, digamos, poco frecuentes.

A los pocos días estuve en casa de Marianne, y corrí a ver el espejo. Llamé a don Toribio esa misma tarde:

— ... Le parecerá a usted una locura, pero le he notado al espejo como una especie de...

— ¿Sonrisa irónica?

— Sí, exactamente.

— Ah, no se preocupe. Esa es la señal de que está bien amaestrado. Es lo que permite tener la seguridad de que devolverá siempre a sus dueños la mejor imagen.